

# GENTA Y SU LIBRO "EL JUICIO FINAL"

La inspiración de los poetas fué siempre propicia a escrutar enigmas y vaticinar lo venidero. En tal tesitura, no los superaron ni los filósofos ni los profetas. Tendrán, en sí mismos, el don de la penetración y sabían andar con el paso firme y certero de la imaginación, atravesando sendas no holladas. De la categoría cumbre de esas obras surgió "El Juicio Final" de Edgardo Ubaldo Genta. Colosal poema épico dividido en tres partes fundamentales, que constituyen otras tantas visiones alucinantes, partiendo de la firmísima captada en el escenario del hombre, prolongada en el "mundo de Satán" y finalizada en la mística contemplación y piadoso devenir del Ser de los Seres, para terminar con la turbación catastrófica y la desorientación completa del hombre, inaugurando la era paradisiaca desde los albores del tercer milenio en la historia conocida de la humanidad. Queda ahí frenada la tremenda desesperación que nos aterra, asediándonos constantemente.

Seleccionadas y meditadas frases del Apocalipsis sirven de acápite al desarrollo del tema nuclear, cuyos pasajes dejan al lector suspenso en la meditación profunda. Los sueños ultramontanos y las realidades desbordantes presentadas por el poeta en magnificencia de verbosidad estruendosa y retumbantes estrofas, nos llevan al grado máximo de estupor detenido en incommensurable interrogante. El desfile de personajes y de hechos estremece el alma y conmueve el corazón. El vasto proscenio, en que se mueven figuras extrañas y desconcertantes, presenta aspectos dantescos. El genial desterrado de Florencia nos mostró al desnudo el impresionante deambular de catervas de esclavos de sus propios vicios y odios, finalmente derrotados y caídos en lodo y angustia por el determinismo de sus tremendas culpas y de sus torvas y mezquinas pasiones. En lo substancial de Genta, el hombre, genéricamente considerado, equivocando rumbos, repitiendo desaciertos, reiterando contumacias bajo la férula del oro y la usuria; fomentando rencores, adoctrinando para el mal, empeñado en destruir con saña feroz, inclinado sobre el abismo, está al borde de su propio y total exterminio.

La Divina Comedia, en el ambiente tenebroso de "El Infierno", hace desfilar, en compacto grupo, a todas las almas protervas condenadas a la eterna expiación. La relación más veraz de la historia del mundo moderno, nos la hace Genta, con mano maestra y diestra pluma. La Biblia, compendio de sabiduría, le sirve de báculo. Apoyado en las exhortaciones más sesudas de "El Apocalipsis", según él mismo lo define en "palabras liminares", emprende su fantástico viaje. Firme la mano en el timón de la nave, puestas las pupilas en distantes horizontes y el pensamiento tendido sobre todos los planos imaginarios y no previstos en los que el hombre de buena voluntad mueve sus ansias y pugna por alcanzar la meta ideal, procurando no equivocarse ni mutilarse en el vuelo. Así aguarda Genta el advenimiento de la era del espíritu, sólo propicia al bien y al amor, a la comprensión y a la fraternidad. Tiene "El Juicio Final" sólido cimiento y se levanta sobre la base de verdades inmanentes que si algunas angustian, otras, en cambio, insuflan júbilo acrecido por la dorada esperanza de un mundo nuevo que, de entre el farrago de horrendos cataclismos y tragedias, habrá de irrumpir con cánticos y resplandores de gloria. La trama terrorífica, atenuada paulatinamente en episodios ulteriores de la obra de Genta, no obsta a revelarlo fielmente. En la "Tercera Visión", detrás de los umbrales del fin apocalíptico", el poeta expresa: "la semilla del canto guarda un sueño de bosques para el Tercer "Milenio que alcanzarán mis hijos". Con el noble ademán amplio del sembrador, describe ancho círculo y arroja su simiente en alarde de magnitudes deslumbrantes y de bienes fecundos. En ambas manos aprieta y suelta los elementos de lo gigantesco, que su cerebro torna accesibles en los hontanares del pensamiento. Un poderoso hálito cosmogónico se articula en las densas páginas del libro enorme que recoge la remotísima formación telúrica en los albores del Génesis. Vigorosas plumadas para dar al contenido tonos epopéyicos en la sintaxis de bronce. El poeta, impávido, atraviesa su mundo de imágenes en el desarrollo de un drama ciclópeo, en cuyo centro, la mano de Prometeo, en alto, sostiene el fuego sagrado de la vida que habrá de expandirse en las centurias venideras. La escenografía no puede ser más estupendamente concebida y magistralmente concretada en grandeza épica. Relato homérico con rasgos de tragedia clásica y eclosión de vitales resurgimientos. Soplo hercúleo traído desde el fondo de los milenios primigenios y proyectado hacia los lejanos epílogos presentidos, si la humanidad, que se derrumba, no acierta a detenerse a tiempo. La urdimbre del canto avasalla y sobrecoge el ánimo ensimismado. Magnos acontecimientos se avizoran en el girar de los lustrós, que el poeta vehementemente quiere de salvación de la especie y de fraternidad universal. ("Y ví un cielo nuevo y una tierra nueva". Apocalipsis, XXI-I.), citado por Genta en su canto postre-

ro. Fortalezcamos la fe, creyendo en el bien, confiando

en la bondad y propiciando la prolongación de la vida. Ese es el camino. ! No existe otro!

En el llegado instante no habrá cosa que empañe la dicha y el bien anhelado. Será el acontecer. Aparecerá "la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente y de la mañana", para decirlo con palabras gratas al vate, (Capítulo 22, versículo 16 — Apocalipsis). Dotado de un hado simbólico, forjado en visiones dantescas y cuadros espeluznantes, trazada la tempestad del egoísmo y de la ambición cruel y sangrienta, y con-

cluído en el vislumbre de un mundo nuevo y mejor, este libro magno es el poema vivo y palpitante en carne y alma de la raza indoamericana que canta el América en el deseo de establecer concluyentemente que en esta parte de la tierra encontrará el destino humano su curso en los siglos futuros, bajo el palio natural y magnífico de la Cruz del Sur.

Colonia, julio de 1953.

Juan Antonio González